



CHARLA CON UN AUTOBUS A LAS DOS DE LA MADRUGADA

El Sol Marianao Julio 21/58

El reloj marca las dos de la madrugada. Frita en mano, paciente y resignado, espero la llegada de un Marianao-Calle Aguila en el paradero del Vedado. Un V-5 de los que hace más de una hora que no se ve uno. O digo mal. Sí se ve uno. Se ven dos, tres, cuatro. Se ven decenas y decenas de V-1, V-2, V-3, V-4, V-5, V-6 y V-7. Hay en la amplia nave una verdadera manada de autobuses muy acertadamente marcados con la V de Vedado. Porque en verdad están vedados para la circulación. Son algo más que chatarra que acaso no sirva ya ni como hierro viejo. Nos acercamos a uno. Tiene la "jeta" ligeramente aplastada. Le falta un asiento. No tiene una sola ventanilla sana. Le falta una puerta. Le falta... Bueno, mejor diremos, para abreviar, que le queda tan solo el casco y la mala idea.

—¿Cansado? —le preguntamos para iniciar el diálogo.

—No me diga nada... Yo sí puedo decir que nací cansado, pues mucho había rodado ya en Inglaterra cuando me trajeron a La Habana.

—¿Y cómo le produjeron esas heridas?

El destartado autobús fija asombrado sus faroles en el CNP prendido en mi solapa.

—¿Pero no lo sabe usted que a diario escribo de mí cuando "perdo los estribos".

—¿Y a qué se deben tantos "malos pasos"?

—Pues que se lo explique a usted un sociólogo o acaso un psiquiatra. Sólo se me ocurre pensar que acaso el cambio de clima nos afectó el sistema nervioso. Yo le aseguro a usted que antes éramos pacíficos, serenos y bien educados. Pero no hicimos más que poner una llanta en este San Cristóbal de La Habana, y por cualquier insignificancia "perdemos los estribos".

—A más de un "autobusero" le he oído decir que tienen ustedes mal genio.

—Bueno, no se lo niego. Confieso que es difícil "aplatanarse" cuando ya se cuenta alguna

edad. Máxime para un sajón que deja Piccadilly Circus para meterse en la Esquina de Tejas. Además, es cierto que somos pesados para manejar, y eso de ser "pesado" ya sabe usted que no lo perdona un criollo.

—¿Por sus achaques supongo que ya está usted retirado del servicio?

—¡Nada de eso! Todavía, a pesar del reuma articular que sufren mis hierros y de varios infartos mecánicos, me llaman a cada rato para prestar servicio. Y aunque usted no lo crea ruido. Y tanto, que a veces resulta difícil detenerme. Pregúnteselo a los postes, a los portales, a los automóviles y a los peatones que saben de mis "desenfrenos"...

Pues yo hubiera jurado que ya estaba usted jubilado.

—Eso quisiera. Pero no hay remedio. Mi sino es morir con las ruedas puestas.

—¿No le molesta a usted que la gente haga chistes y se ría de sus males y de sus desventuras?

Un ruido infernal a diez cuabras de distancia me anuncia la llegada del V-5 que espero. Pero el atento autobús responde sonriente a la última pregunta:

—No. No importa que se rían de mí. Lo que la gente pueda decir me entra por una ventanilla y me sale por otra. Que para eso las tengo casi todas sin cristales.

Llega el V-5 y subimos. Dormitan dos pasajeros en el último y en el primer asiento. También el conductor. Arranca el chofer y una ensordecedora sinfonía de cristales que crujen y hierros que se retuercen nos une a los durmientes. Los chirridos del freno, a inteligentes intervalos, nos van advirtiendo el camino. Y seguimos en la batidora hasta que un cariñoso zarpazo nos despierta en la puerta de la casa.

Aunque parezca mentira: ¡Hemos llegado!